

EVOCACIÓN DE AMADOR A. ESTEVA MESTRE

Zoila Rodríguez Gobeia

Hace 120 años, desde Guantánamo se distribuyó *La Edad de Oro* para todo el oriente cubano, gracias a la labor patriótica de un santiaguero llamado Amador Esteva y Mestre, quien, junto con su hijo Jaime Esteva Villabrille, se encargaron de hacerla llegar a muchos cubanos. Esta acción lo hace acreedor de nuestro recuerdo agradecido, como uno más de los que aportaron su grano de arena a la construcción de la nación.



¿Quién era Amador Esteva?

En Santiago de Cuba nació, el 10 de octubre de 1846, Amador Augusto Esteva Mestre. Su niñez y adolescencia, como hijo de familia criolla acomodada, se desarrolló conforme a lo que era tradicional para su clase: colegios exclusivistas, recreación en grupos integrados –salvo excepciones muy escasas– por individuos de pareja posición social e interés por la preparación cultural.

Cuando en 1868 estalla la Guerra de los Diez Años, sus padres decidieron enviar a Amador a Estados Unidos para realizar estudios superiores (los cuales no concluyó). El viaje era un pretexto que escondía el verdadero propósito de apartarlo de una vinculación directa con la insurrección, hacia la que ya había dado muestras elocuentes de simpatías.

A mediados de 1869 partió el joven hacia Nueva York. Allí se uniría a los Baralt Peoli, quienes huérfanos de padre y madre y con apenas dieciocho y diecinueve años, fueron enviados a Norteamérica al cuidado y protección –quizá formal– de sus tíos Juan Peoli y Antonia Alfonso, dueños de “una de las residencias más elegantes de los cubanos en Nueva York... en la calle 74, entre Quinta y Madison”¹.

Más tarde, en 1871, llegaron también los Mantilla Miyares, y, desde ese momento, su casa fue lugar predilecto de Amador.

Ahora es lícito realizar una breve digresión para explicar las fuentes de la estrecha amistad de los Esteva con los Baralt Peoli y los Miyares Peoli. Existen razones no solo clasistas sino, además, etéreas y de vecindad cercana, para suponer que los Esteva Mestre pertenecían, desde sus años de infancia y mocedad santiagueros, al mismo grupo de los Baralt Peoli y los Miyares Peoli.

Luis Alejandro Baralt Peoli nació en 1849, Adelaida María del Socorro Baralt Peoli en 1850, María del Carmen Miyares Peoli (prima de los anteriores) en

1848. Los Esteva Mestre residían en la casona de la calle San Pedro esquina a Santa Lucía y los Baralt Peoli no muy lejos de allí, por la calle Santa Lucía. Adicionalmente, todos eran miembros de familias que venían de Venezuela, pero de ascendencia cubana, y que mantenían en Santiago las relaciones usuales que tenían en Suramérica. Un integrante de la familia Baralt, José Nicolás, aproximadamente entre 1855 y 1860 fue cónsul de Venezuela en Santiago de Cuba, cargo que contribuyó a estrechar más los lazos con sus coterráneos.

Volviendo a la estancia neoyorquina de Amador, acotamos que poco tiempo después de su llegada, en 1870, recibió la noticia del fallecimiento de su padre, Jaime Esteva Parra, en Santiago de Cuba, a consecuencia del cólera, legando a sus herederos bienes muebles e inmuebles, tierras, esclavos, acciones en los ferrocarriles en Cuba y en Estados Unidos, etc., todo por valor de 325 800.00 pesos.

Amador no solo obtuvo su parte (53 100.00 pesos) sino que recibió poder de su madre y hermanas, ya que él radicaba en Estados Unidos, para "cobrar y percibir todos los fondos y valores" que correspondían a ellas.²

En 1870, además, Amador contrajo nupcias con la bella joven Eudisia Villabril de Salas, santiaguera de diecinueve años, hija de una familia igualmente solvente, de antiguo apego a la monarquía española, pero que había visto menguar su devoción hacia la metrópoli con el paso de los años y el curso de los acontecimientos que siguieron al inicio de la Guerra de los Diez Años, al extremo de abandonar la Isla e irse a refugiar a Estados Unidos.

De esa unión nacieron seis hijos: cuatro en Estados Unidos (Jaime, Caridad, Carmen y Enma) y dos en Cuba (Amador y Juan), estos últimos al regreso definitivo del matrimonio a la Isla, después de 1888.

En 1877 había tenido lugar un primer viaje de Amador y la familia a Cuba. Sin elementos de juicio para hallar las causas, es evidente que Amador no deseaba mantenerse en Estados Unidos, y por lo tanto no demoró más su regreso.

En esta ocasión intentó establecerse en La Habana, y solicitó al Director del Instituto de Segunda Enseñanza que se le examinara "para poder dar lecciones de francés, inglés, alemán e italiano y se le expida el título correspondiente".³ Sin embargo, poco tiempo después, regresó a Nueva York, donde reanimó su tradicional relación amistosa con los Mantilla Miyares y los Baralt Peoli.

Es en este entorno, posiblemente en 1880, es que conoció a José Martí, huésped, desde inicios de ese propio año, de la casa de Manuel Mantilla y Carmen Miyares.

Sin que estemos en condiciones de definir bajo qué circunstancias la familia Esteva Villabril abandonó Estados Unidos, lo cierto es que en 1888 está de vuelta en Cuba, específicamente en Guantánamo. Hacia allí, en tono familiar, le

escribe Martí la conocida carta solicitándole un agente de confianza para la distribución de La Edad de Oro, en la que también le confiesa estar al tanto, gracias a Carmita Miyares, de toda la familia: Eudisia, las niñas, Jaime...

En 1889, Jaime, el primogénito de Amador, convertido ya en brioso joven, formó parte –junto con otros cultos patriotas guantanameros, entre ellos Arturo y Luis E. Simón, Joaquín Ros, José y Enrique Thomas, Carlos Jané, Porfirio Carcassés, etc.– de los fundadores de la Sociedad La Luz.

Se trataba de una sociedad que agrupaba a “cubanos y catalanes de ideas liberales”, y que desde sus inicios desempeñó un papel de primer orden en el fomento cultural de la región más oriental de Cuba, según se infiere al pulsar la connotación de su ejecutoria, a partir de las huellas que han quedado en la prensa guantanamera de la época.

Fue entre la membresía de esta patriótica, y también exclusiva, sociedad, donde empezó a circular primero La Edad de Oro.

Hombres cultos y de ideas de avanzada, no es de dudar que los ejemplares de la revista rotaran sin cesar entre las familias de estos guantanameros, y que la lectura y comentarios de la revista fueran motivos de verdadero placer.

Desde el lujoso local de La Luz –edificio que, en parte, aún se conserva, aunque modificado y en mal estado, y clamando por un urgente rescate– también se remitió el precioso envío a algunos solicitantes de otras comarcas del este de la Isla, fundamentalmente de Santiago de Cuba y de Holguín.

A principios de la vigésima centuria trasladó Amador Esteva su residencia hacia su Santiago natal, donde continuó fomentando negocios de comercio. El día 18 de octubre de 1909, con los primeros rayos del sol, su corazón dejó de latir a consecuencia de “astenia y anemia esencial”, en su morada de la calle baja de Heredia número 18.⁴ Faltaban solo dos días para que cumpliera sesenta y tres años. Fue sepultado en el panteón de la familia de Juan Bautista Sagarre, en el cementerio Santa Ifigenia.

Casi un siglo después de su fallecimiento, rescatamos para Cuba su memoria, con la gratitud de que son dignos los que, en la hora de la forja, estuvieron, codo con codo, con el maestro mayor.

¹ Blanche Zacharie de Baralt, El Martí que yo conocí, Centro de Estudios Martianos / Pueblo y Educación, La Habana, 1990, p.73.

² Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, Fondo Protocolos Notariales, tomo 554, folio 266.

³ Archivo del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de La Habana. Expediente no. 55, año 1877. Agradezco al maestro Luis García Pascual haberme facilitado este documento.

⁴ Registro Civil de Santiago de Cuba, Sección de defunciones, tomo 26, folio 240, acta no. 150, año 1909.